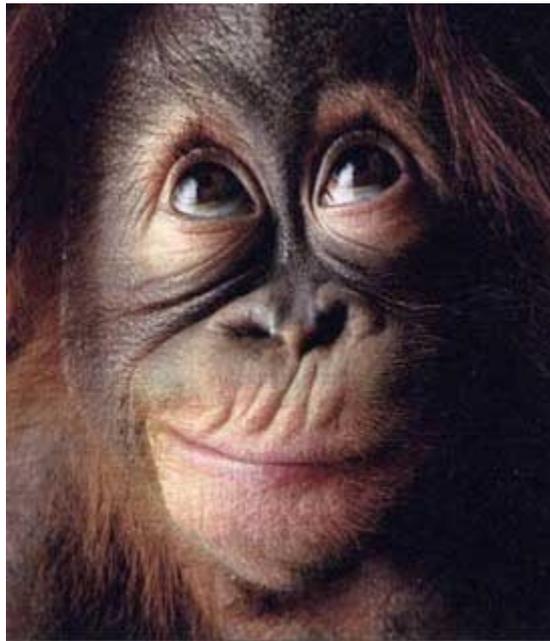


Silvia Nocera

ACERCA DEL
ERROR



Ensayo casi serio y casi sabio

Prólogo

La cultura materialista y violenta en la que nos hemos formado, y que está ya declinando, ha impuesto la estabilidad y la perfección como valores positivos que hay que alcanzar.

Sin embargo, el ser humano es un ser fundamentalmente inestable, que no está determinado ni por lo que respecta a su desarrollo ni a su destino. Su estructura psicofísica y la intención que la alienta empujan a este ser hacia una evolución social, histórica y psicológica continua y a una velocidad impensable, si se compara con la de las otras especies vivientes.

En esta época ridícula y monstruosa, hemos entrado en guerra con nosotros mismos en el intento de lograr la perfección y la estabilidad. Hemos forzado con violencia el destino y nuestra capacidad maravillosa como especie, generando un modelo de verdadera deficiencia organizada que finalmente está mostrando al Universo su ineficacia.

Al mismo tiempo, la conciencia humana está creciendo, y muchos de los que han conseguido llevar la paz a sus corazones han descubierto el camino que lleva a la evolución del ser humano. Tratándose y tratando a los demás con amabilidad, avanzan entre éxitos y errores. Reconocen e integran cada pequeña sutileza de los propios sentimientos y mantienen vivo el deseo de reconciliación en el centro del propio ser. Y a pesar de que el paisaje social sea grotesco y decadente, la felicidad y la libertad pueden seguir creciendo sin límites.

Está naciendo una nueva humanidad llena de Sentido.

Y también su Universo evolucionará.

LA REFLEXIÓN

Errare humanum est

Un conocido y antiguo proverbio dice que “errar es humano, perseverar [en el error] diabólico”, pero vayamos más allá de la interpretación más común que ve en este dicho la intención de quitar gravedad al error. Imagino que esta afirmación tiene un origen religioso, dadas sus claras alusiones. Probablemente, la otra parte pensada, pero jamás escrita, del proverbio dice que el único que no comete errores es Dios. Y así el cuadro está completo: el hombre se equivoca porque no es Dios, pero si repite sus errores ¡está poseído por el diablo!

Nada más errado, siguiendo con el tema y concediéndonos un poquito de ironía.

Errar no sólo es humano, sino que además forma parte de la vida misma. De todo lo que tiene vida y que por ello se mueve en una dirección evolutiva. Todo lo que entra en un camino vital, en el tiempo está sujeto a cometer errores. Y de esto tenemos millones de pruebas, basta que miremos a nuestro alrededor.

Quién sabe, quizás, incluso la aparición del ser humano pudo ser el fruto o la consecuencia de un error en el proceso evolutivo del planeta. Ésta es una tesis defendida seriamente, más allá de la ironía con la que la presentamos, con argumentos entre lo científico y lo mitológico por Pino Aprile, periodista y escritor, en su libro *Elogio dell'errore* (Elogio del error)(1). Según Aprile, el ADN es la base de la vida y es, de por sí, errático, pero gracias a su capacidad de producir variedades por equivocación, a causa de los errores cometidos copiando sus mismos códigos, se garantiza la evolución de la vida.

Claro, si seguimos esta línea, es preciso suponer que hay una intención evolutiva que empuja el curso de la vida. Y también hay que definir un criterio para poder distinguir entre acierto y error.

¿Quién puede definir este criterio si no la intención que empuja el mismo proceso?

Imagino que para la Vida, si así queremos llamar lo que está detrás de toda evolución, el error no tiene el mismo valor que le atribuimos en el mundo de los humanos. Si intento ponerme en el lugar de una mirada impersonal y más amplia me parece que todo es una manifestación del empuje propulsor de la energía que organiza la materia (¿o era al contrario?), que pasa de lo simple a lo complejo y que evoluciona indefinidamente.

Si observo entre los seres vivos a mi alrededor veo diversos comportamientos. Existe el que se adapta de manera creciente, comete una caterva de errores, pero muchas cosas le salen también bien; aprende, se desarrolla, se transforma a sí mismo y transforma el ambiente a su alrededor y avanza en la inestabilidad permanente. Existe el que se adapta pasivamente, refuerza sus características de permanencia, las que resisten el tiempo y las transformaciones del ambiente; se

mantiene, se conserva, utiliza para ello su energía y no evoluciona. Existe el que no se adapta para nada y desaparece gradualmente. Por tanto, el criterio para definir el éxito y el error sería quizás el de la capacidad para adaptarse de manera creciente, la adecuación o inadecuación evolutiva, sobre todo al ambiente.

En cambio, perseverar en el error o buscar el error no es diabólico, como nos quieren hacer creer desde hace algunos milenios, sino sencillamente un poco estúpido. El error llega por sí sólo, no es necesario buscarlo. ¡Llega siempre! Alguna vez es más sutil y hace que se desvíe bastante la dirección de todo el proceso con consecuencias inimaginables. Otras veces es más garrafal, se nota inmediatamente por los evidentes resultados y se puede corregir sin muchos problemas.

Todos los que intentan avanzar, evolucionar, superar sus propios límites tienen siempre que enfrentarse al error.

Detengámonos ahora en la mirada del hombre que mira al mundo y a sí mismo y dice: esto es un error. Después de haber consultado el término 'error' en el Diccionario de la lengua española (DRAE) vemos que tiene varias acepciones:

Error:

1. m. Concepto equivocado o juicio falso.
2. m. Acción desacertada o equivocada.
3. m. Cosa hecha erradamente.
4. m. *Der.* Vicio del consentimiento causado por equivocación de buena fe, que anula el acto jurídico si afecta a lo esencial de él o de su objeto.
5. m. *Fis. y Mat.* Diferencia entre el valor medido o calculado y el valor real.

De una manera u otra estas descripciones arbitrarias —por falta de contexto y claridad de los términos utilizados— me llevan directamente a mis reflexiones, también arbitrarias, respecto al error y su relación con otros temas relacionados con la existencia. La verdad, las normas, la idoneidad y la justicia son temas que han jugado un papel importante en la atribución de un juicio negativo sobre el error en sí mismo. Un mundo de historia, de experiencias y de creencias que se han fijado y que siguen influyendo en la cultura actual.

Creer que la felicidad coincide con la capacidad de no cometer errores crea las bases para vivir con un miedo que, por el contrario, impide el crecimiento.

Además, la demonización del error produce un trasfondo de juicio que sirve sólo para potenciar un sistema de dominio de una persona sobre otra. Si existe una verdad absoluta alguien sabe cuál es y, obviamente, los demás se tienen que adaptar.

Equivocándose se aprende

Esta vez el proverbio nos ayuda a empezar a hablar del aspecto educativo del error. Es obvio que no sólo se aprende equivocándose, sino también haciendo bien las cosas. Dicho con otras palabras: entre aciertos y errores se desarrolla el aprendizaje. No existe una cosa sin la otra, son los dos brazos de la misma balanza, no se pueden separar. Para evolucionar y aprender es necesario estar siempre sobre la cuerda floja como hábiles equilibristas.

Mientras aprendo llevo a cabo acciones que antes he tenido que imaginar. Cuando el acto produce el resultado que me esperaba o funciona como creía o se adapta a la situación, lo considero un acierto. Cuando pasa lo contrario lo registro como un error. Si aprendo del error e intento no repetirlo, y al mismo tiempo perfecciono la acción adecuada, estoy entonces en una dirección evolutiva. Si me obstino en no ver el error y pienso que alguien ha intentado sabotear mi acción para que no salga bien, entonces es que soy un poco duro de mollera, me resisto al cambio o quizás estoy muy asustado por lo que no entiendo. Si a pesar de todo reconozco el error y me prometo de nuevo a mí mismo que lo tengo que corregir y hacer otra cosa, me quedo hipnotizado observándolo y me enamoro, entonces ¡soy un artista, un visionario o un científico!

A este tipo de personas las verdades absolutas les han resultado siempre pequeñas. Para ellas el error es con toda seguridad un recurso precioso. Si ellos hubieran decidido los paradigmas educativos de la sociedad, viviríamos en una sociedad bien distinta.

El progreso no es otra cosa que pasar de un error a otro.
Henrik Ibsen

El experto es una persona que ha cometido todos los errores posibles
en un campo muy pequeño.
Niels Bohr

No vale la pena ser libre si se carece de la libertad
de equivocarse.
Gandhi

El mundo es unas cuantas tiernas imprecisiones.
Jorge Luis Borges

La experiencia es el nombre que damos
a nuestros errores.
Oscar Wilde

Si los hombres no hicieran alguna vez alguna tontería
no pasaría nada inteligente.
Ludwig Wittgenstein

Los errores son necesarios, útiles como el pan y a menudo bonitos,
por ejemplo, la torre de Pisa.
Gianni Rodari

Dos cosas tiene que enseñar la experiencia:
la primera que es necesario corregir mucho,
la segunda, que no es necesario corregir demasiado.
Eugene Delacroix

Los errores del hombre lo hacen ser particularmente amable.
Goethe

En cambio, el miedo al error se insinúa y crea resistencia a la acción.

Si tengo miedo de cometer errores —y creo que sea grave— pensaré las cosas mil veces antes de hacer algo.

Claro, esto también está a la base de la prudencia, que no está tan mal si se aplica al aprendizaje. Pero la prudencia podría surgir también de la toma de conciencia del hecho de que, cuando se hace algo nuevo, es mucho más interesante hacerlo prestando mucha atención, tratando de registrar bien los pasos y los movimientos, los procesos y los efectos, hacerlo todo con cuidado y sin prisa.

Nos estaremos guiando entonces por una aspiración, y no por el miedo, para lograr el mismo efecto.

El miedo a equivocarse comporta también la resistencia a reconocer el error cuando lo cometemos. Si tengo miedo de cometer errores es porque creo que si me equivoco la imagen que los demás tienen de mí se verá perjudicada, o afectará a lo que yo creo de mí mismo, o incluso me imagino un juicio divino y un castigo. Esto demuestra la poca flexibilidad emocional en la que hemos sido educados.

Si en la educación se hubiera dado un valor positivo al reconocimiento abierto de nuestros errores las cosas irían de otra manera. No se trata de entonar un *mea culpa* público, lo que es, sin duda, contraproducente, sino que se trata de admitir con franqueza que las cosas no coinciden con lo que se esperaba, con lo que se creía. Simplemente. Sin defender nada.

El miedo irracional al error nos crea, en último término, dificultades para la comprensión, la aceptación y la reconciliación con nuestros propios errores. Las consecuencias de mi error están delante de mí: ¿qué significa? Evidentemente es necesario que yo comprenda lo que he hecho para haber obtenido este efecto indeseado. Tal vez estoy enojado e irritado conmigo mismo por el

fracaso de mi acción y, por lo tanto, para entenderlo, debo también aceptar el hecho de que no soy infalible, y reconciliarme con la parte de mí que he intentado esconder en vano. Además, si mi error perjudicó a otras personas u otros seres, en general, será necesario que entienda muy bien qué es lo que lo ha causado para poder reparar, en la medida de lo posible, el daño causado. También esto es aprendizaje.

Errar es humano y echar la culpa a otro es todavía más humano

¿Qué razón habría para buscar culpables de nuestros errores si no hubiera caído un manto pesadísimo de negatividad en el hecho mismo de equivocarse?

Ya que nadie está exento, ¡que todo el mundo observe los propios errores!

Esta moral culposa y del pecado es, con todo probabilidad, propia de la cultura occidental, por lo que podemos confiar todavía en que haya una parte de la humanidad (tal vez los chinos, que además son muchos) que no está tan influenciada.

Culpa: 1. f. Imputación a alguien de una determinada acción como consecuencia de su conducta.

2. f. Hecho de ser causante de algo.

3. f. *Der.* Omisión de la diligencia exigible a alguien, que implica que el hecho injusto o dañoso resultante motive su responsabilidad civil o penal.

4. f. *Psicol.* Acción u omisión que provoca un sentimiento de responsabilidad por un daño causado.

Buscando siempre las definiciones en el diccionario, me da por pensar que el concepto de *culpa* nace justo con el establecimiento de las leyes, ya sean profanas o religiosas.

Nuestro querido error más bien tiene que ver con una visión de la realidad distorsionada, con lo que se cree que es la verdad, la adecuación o la inadecuación evolutiva. Pero si se le cubre de una peligrosa intención de ir en contra de algo de lo establecido, desde el punto de vista político o ético, ¡se convierte en pecado! Y, como tal, merece ser castigado.

Las personas sensatas se dan cuenta de que hay errores de diversa magnitud. Un error que se puede identificar o corregir fácilmente o que afecta sólo a la actividad de la persona que lo ha cometido tiene, sin duda, un peso diferente en comparación con los errores que afectan a las actividades y, a veces, a la existencia de otras personas.

El error es hijo de la inexperiencia o de la falta de atención a lo que se hace. Si se reconoce inmediatamente pierde su carga, se desinfla y deja el espacio necesario para buscar nuevas respuestas a la situación que se está enfrentando. Pero si no se reconoce, se vuelve enorme y puede llevarnos muy lejos. Como dice un sabio proverbio ruso: "Es mejor retroceder que perderse en el camino".

Al igual que hay errores que llevados a sus últimas consecuencias han creado maravillosas obras de arte o descubrimientos científicos inesperados, también hay errores no reconocidos como tales que han producido innumerables monstruosidades.

En lugar de buscar penas y castigos, una buena sugerencia podría ser la de reparar doblemente los errores cometidos. Reparar dos veces.

No se trata sólo de pedir perdón, en caso de que nuestro error haya tenido consecuencias en la acción de los demás.

Por supuesto, las disculpas son siempre una forma de educación tradicional que muchas personas aprecian.

Pero no resuelven el problema de la integración psicológica de nuestro error ni tampoco resuelven el tema de la responsabilidad de los posibles daños causados. Se trata de reparar.

Dos veces. Así se podrá fijar mejor en la memoria la dirección adecuada de nuestras acciones.

Como en el aprendizaje: ¿lo que hice no fue adecuado para los fines que me propuse? Pues bien, lo tengo que entender de manera no superficial, de lo contrario, mi memoria me estimulará a repetirlo apenas me encuentre en una situación similar. Entonces, intento no hacerlo de nuevo y también trato de encontrar una manera que sea más adecuada. Y todo esto lo compartiré con las personas que, queriendo o no, he involucrado.

Hasta que las consecuencias de mi error recaigan sólo sobre mí es bastante fácil darse cuenta, aunque no es siempre tan obvio. Estamos unidos a nuestras creencias más de lo que pensamos.

Pero cuando el error cometido activa una cadena de acciones que se mueve e involucra a otros, que pueden estar incluso muy lejos de mí, ¡es muy importante tener amigos! Los amigos, los amigos de verdad, son los que nos ayudan también a darnos cuenta de nuestras equivocaciones, que saben cómo decírnoslo sin que nos sintamos imbéciles o criminales. Y saben que, en el momento adecuado, nosotros también seremos capaces de enseñarles suavemente los resultados de sus errores.

El gran error

Cuando se habla de errores nos acercamos a otro concepto que es como su versión ampliada. Cada pequeño error es como la semilla de un futuro fracaso.

Quizás por esta razón se le tiene tanto miedo.

Si en esta pequeña cultura materialista el error viene percibido como culpa, cuando se trata del *fracaso* o gran error, nos encontramos incluso con un tema tabú. ¡Ni siquiera se puede hablar de él! ¡Es como la muerte!

Cuanto más obsesionado estoy con la perfección, más errores de peso cometo, e incapaz de reconocerlos debido a dicha obsesión, dejo que estos errores se acumulen y me lleven a un gran error o fracaso. ¡Si pudiéramos agradecer a este sano evento que, de alguna manera, tal vez no demasiado agradable, está finalmente haciendo que suene un gran despertador en nuestro cerebro!

Dario Ergas, humanista y escritor chileno, lo describe detalladamente en su libro con el curioso título de "El sentido del sin sentido "(2). Si visto desde fuera el fracaso nos indica que no se ha conseguido eso que se dice que es importante alcanzar, desde dentro, el fracaso nos hace simplemente ver claramente que lo que pensábamos estaba equivocado, que no era adecuado a la realidad. Y si asumimos nuestro fracaso, estaremos cuestionando nuestra creencia. Exactamente como en el caso del error, sólo si lo reconozco y lo entiendo puedo entonces corregir mi dirección.

Silo, pensador y escritor argentino, además de Maestro y fundador de una corriente espiritual extendida por toda el planeta, en su experiencia guiada "El gran error "(3), nos regala una reflexión muy importante para dar elasticidad a nuestra manera de pensar en el momento en que nos chocamos con el sentimiento del fracaso. Tratamos de entrar en la surrealista narración, que por muchas personas es utilizada como una forma de meditación dinámica. El protagonista de la historia se encuentra delante de un tribunal donde se le condena a muerte y, a continuación, se le deja solo en el desierto sin agua. En sus andanzas entre las dunas ve un fantástico oasis donde se encuentra con sabios beduinos que le informan de haber sido condenado por error.

"Somos las horas, somos los minutos, somos los segundos", así le hablan "somos las distintas formas del tiempo. Como hubo un error contigo, te daremos la oportunidad de recomenzar tu vida. ¿Dónde quieres empezarla de nuevo? Tal vez desde el nacimiento... tal vez un instante antes del primer fracaso. Reflexiona."

"Y ¿cómo vas a hacer, si vuelves a ese momento, para tomar un rumbo diferente? Piensa que no recordarás lo que viene después. Queda otra alternativa, puedes volver al momento del mayor error

de tu vida y, sin cambiar los acontecimientos, cambiar, sin embargo, los significados. De ese modo, puedes hacerte una vida nueva."

"Me encuentro en el momento del gran error de mi vida. Allí estoy impulsado a cometer el error. ¿Y por qué estoy obligado a hacerlo? ¿No hay otros factores que influyen y no los quiero ver?"

"El error fundamental, ¿a qué cosas se debe? ¿Qué tendría que hacer, en cambio? ¿Si no cometo ese error, cambiará el esquema de mi vida y esta será mejor o peor? Trato de comprender que las circunstancias que obran no pueden ser modificadas y acepto todo como si fuera un accidente de la naturaleza."

Simpática reflexión. Si fuéramos capaces de hacerla cada vez que se asoman estos extraordinarios momentos en los que nuestras creencias se tambalean profundamente, proseguiríamos de una manera muy distinta. Así termina la reflexión en la experiencia guiada: "Si puedes reconciliarte con tu mayor error, tu frustración morirá y habrás podido cambiar tu Destino."

Me parece entender que el error, el fracaso y la muerte están en la misma línea del temor.

Dicho de otra manera, el temor a la muerte (imagen de fracaso final y absoluto de la vida) se traduce en el miedo al fracaso (imagen de autodegradación profunda) y, como primer paso en dirección del fracaso, en el miedo a cometer errores. Y así se carga nuestro error con las sombras oscuras de la ultratumba.

Parece que todos los temores, si los miramos con más profundidad, antes o después, siempre nos llevan ahí, a la gran madre de todos los miedos, el miedo a la muerte. Pero, ¿estamos tan seguros de que la muerte es el fin absoluto de todo?

Y si esto no fuera así, ¿por qué deberíamos tener tanto miedo?

Y así vemos que aquí también nos encontramos con nuestra cultura occidental, con sus ángeles y demonios, con las sublimes recompensas del paraíso y los castigos terribles del infierno.

Y si en ese umbral en lugar de recompensas o castigos nos esperara la pregunta: ¿Y tú qué has hecho de bueno? Para empezar por ahí, por lo que es bueno.

¿Y si no hubiera ningún cielo ni ningún infierno y simplemente fuera necesario, para ir más allá de esta dimensión material, ser lo suficientemente valientes como para reconciliarse con todo y con todos y reconocerse absolutamente imperfectos pero infinitamente perfectibles?

Como siempre, pido a la poesía que me eche una mano: "Sigue al guía que bien sabe llevarte a tus lugares de naufragio, a los lugares de las cosas irreparablemente yertas. ¡Oh, mundo de las grandes pérdidas en el que sonrisas y encantos y esperanzas son tu peso y tu fracaso! Contempla tu larga cadena de fracasos y para ello, pide al guía que alumbre lentamente todas aquellas ilusiones. Reconcílate contigo mismo, perdónate a ti mismo y ríe. Entonces verás cómo del cuerno de los sueños surge un viento que lleva hacia la nada el polvo de tus ilusorios fracasos." Así escribe Silo en otra experiencia guiada que se titula precisamente "La muerte" (4).

Se trata siempre de creencias que nos orientan mucho más que de lo que pensamos.

¿Qué es mejor creer? Preguntémoslo con sinceridad, porque lo que creemos firmemente se ve en lo que hacemos, no en las declaraciones públicas que a veces hemos expuesto con detalles y anécdotas.

Y entonces, ¿cómo nos comportamos con respecto a nuestro error o fracaso?

¿Y cómo nos comportamos con respecto al error de otras personas cercanas o lejanas?

LA EXPERIENCIA

El "sabor" del error

¿Cómo te das cuenta de que has cometido un error? En general, nos damos cuenta sólo por las consecuencias que genera el error. A veces no nos damos cuenta porque no estamos acostumbrados a observar las consecuencias de nuestras acciones o porque estamos especialmente enamorados de la creencia que estamos aplicando. Creemos casi fanáticamente que tenemos razón y ni siquiera un evidente resultado contrario podría hacer que nos surgiera la duda.

En el mejor de los casos, nos damos cuenta de que hemos cometido algún error porque lo que sucede después no es lo que esperábamos. Esto ya denota un cierto nivel de atención.

En este caso, si observamos nuestras sensaciones un poco más de cerca, sentimos una especie de falta de correspondencia entre la imagen que nos habíamos representado anteriormente en nuestra imaginación y la imagen que estamos intentando percibir. No coinciden. Se siente como una especie de "grieta" o "fractura" interna. Tal vez es la sensación del "NO" interno. Hay quienes la acompañan después con la decepción, con la ira, con la culpa, con el miedo, etc. Esta fisura se puede llenar con lo que queramos. Alguno de vez en cuando la llena de alegre curiosidad y de asombro infantil. Este alguno tiene que ser un experto en errores, como la autora.

El imprevisto puede ser para alguien un regalo divino, para otros una verdadera tortura.

Casi nunca se intenta sentir mejor esa sensación, es una información que llega, basta. Ahora solo hay que entender por qué uno se ha equivocado, dónde está el error, cómo corregirlo, etc.

No se da espacio a la observación de un fenómeno tan importante como el reconocimiento del error. Se sigue, no se tiene en cuenta. Me he distraído, no estaba atenta...

Siempre que sea posible la falta de atención. En la experiencia que he podido llevar a cabo y observar, la atención se desplaza continuamente de un objeto a otro. Ya sean objetos externos u objetos internos. Es lo mismo. Incluso cuando parezco "encantada" o que estoy durmiendo con los ojos abiertos. En este caso, mi atención tal vez se está concentrando en una combinación de asociaciones de imágenes de la infancia vinculadas a un olor que de repente ha entrado por la ventana mientras yo estaba llevando a cabo un experimento importante, o estaba cocinando o estudiando o cualquier otra cosa. Es evidente que hay diferentes niveles de atención, de lo contrario no podríamos describir o reconocer lo que se ha expresado en la frase anterior. Simplemente viviríamos ese fenómeno y nos olvidaríamos inmediatamente después. Como, por otra parte, sucede con todo lo demás.

Perdonad la digresión. Digamos que, mientras estábamos haciendo eso, por un nanosegundo nos hemos distraído. Nuestra escasa atención se ha desplazado de nuestra acción a otro estímulo externo

o interno y de nuestras manos han caído TREINTA gramos de sal en la masa que estábamos preparando en lugar de TRES gramos. Por lo que el resultado es bastante distinto al esperado, ya sea un experimento en un laboratorio químico o simplemente una sopa de verduras o un pastel.

Ese estímulo interno o externo era probablemente más atractivo que lo que me estaba ocupando. Y mi vigilia, un poco mecánica, casi en semisueño, no me ha permitido mantener el timón que guía el fenómeno.

O bien la tensión que acompañaba a la atención en su forma más simple, se ha hecho demasiado fuerte y se ha desencadenado un mecanismo de fuga del sufrimiento. Y así he rebotado a observar, si bien sólo por unos instantes, la uña del índice de mi mano izquierda, sobre la que el esmalte está deslucido y rayado porque, como siempre, ayer me lo di justo antes de ponerme la chaqueta. Mientras tanto, la sal caía silenciosamente desde la cuchara que sostenía mi mano derecha a la masa.

¿Se entiende? Tal vez esa tensión estaba acompañada por nuestro peor enemigo: ¡el miedo a equivocarnos! ¡Zas! El miedo orienta y guía mucho más a menudo que nuestras mejores aspiraciones.

Pero volvamos a nuestro título. Aquí se trata de buscar el "sabor" del error.

Permitidme esta metáfora alimentaria para intentar dar un nombre sencillo a algo tan complejo como la estructuración de una sensación interna, que es el producto de la estructuración de los datos que nos llegan a través de los sentidos externos, de representaciones que provienen de la memoria que se asocian con la percepción, permitiéndonos ubicar y reconocer lo que se percibe, y de sensaciones de los sentidos internos que se producen a la misma vez que la percepción externa y nos dan información sobre la temperatura, la presión, la posición del cuerpo, etc. Silo lo explica con todo detalle junto con otros aspectos en su ensayo "Psicología de la imagen" (5).

Mejor *sabor*, ¿no?

Por lo tanto, lo que hemos tratado de describir hasta ahora es el sabor del *reconocimiento del error* a partir de sus consecuencias. No sabemos todavía a qué sabe el error, pero nos estamos acercando. En el momento en que nos distraemos no nos damos cuenta de estar distraídos.

Sólo después nos damos cuenta de que nos hemos distraído, porque lo que teníamos entre las manos se nos ha caído y con un gran estruendo se ha hecho mil pedazos a causa del impacto con el suelo, o porque hemos dejado las gafas quién sabe dónde, y ahora encontrarlas sin gafas será complicadísimo.

Buscamos una lupa más potente para adentrarnos en esa especie de "ausencia" que parece ser el recipiente del instante del error.

Tal vez sólo a nosotros, expertos en la materia, nos ha pasado que nos hemos despertado alguna vez en la vida de esa especie de torpor y hemos registrado el error en el mismo instante en que lo estábamos cometiendo.

En ese instante, el tiempo se ha dilatado, como una moviola en cámara lenta, y hemos visto nuestro dedo apretar el botón equivocado y escribir PUTIN en lugar de PUDIN. Esta visión viene acompañada de una especie de bajón de las sensaciones, como un coro de "Ohhhhhh" decepcionados. Como si estuviéramos siguiendo la acción, fotograma tras fotograma, y nos esperáramos la estoica sensación de "NO" o bien nos aferráramos irracionalmente al deseo desesperado de poderla parar con la sensación chirriante de agarrarse a un clavo ardiendo.

Cuando esto sucede, es bastante fácil corregirlo. Digamos que la posibilidad de corregirlo está inmediatamente a nuestro alcance porque ya sabemos dónde está el error. Sin embargo, las situaciones vitales son de una variedad tan amplia de razones y significados que conseguir entender qué es lo que produce entonces la decisión de corregirlo o no es ya otra cosa muy distinta.

Pero algunas veces, me ha pasado algo singular. El tiempo ha empezado a ir más despacio antes de cometer el error. Los instantes se han transformado en un espacio enorme y silencioso en el que, por detrás, una voz amable me decía: "Esto es un error, si lo haces vas a meter la pata hasta el fondo".

Pero, al mismo tiempo, una clara sensación de inevitabilidad invadía todo el espectro de sensaciones posibles y se colocaba en la base del fenómeno. En esta especie de película lentísima, podía sentir el empuje del acto equivocado, producto de una acumulación precedente que necesitaba descargarse en ese acto. Era necesario para la evolución de todo el proceso de interacción entre yo misma, mi mundo interno y el espacio que percibo como externo, el mundo y el mismo Universo. Este acto tenía que suceder para poder dejar, a continuación, espacio, tiempo y libertad para crear una nueva cadena de acumulación de actos, posiblemente en una dirección diferente. La sensación de inevitabilidad me permitía además comprender el error dentro de un contexto más amplio y de dejarlo estar, con todas sus manifestaciones posibles, sin intentar detenerlo, sino más bien preparándome ya a su reparación, especialmente en el caso de daños a terceros.

Alguna vez me he dado cuenta de cometer un error antes de hacerlo. En el fondo yo sabía claramente que no podía hacer otra cosa.

Y esto me ha hecho mucho más tolerante con los errores de los demás.

LA OBSERVACIÓN

También los sentidos se equivocan

Dediquemos ahora un poco de tiempo a observar el error al interior de las diversas funciones del psiquismo humano. Pero no demasiado. Sólo para tocar el tema y suscitar curiosidad.

Nuestros sentidos externos, a saber, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, se equivocan a menudo a causa de diferentes factores. Puede ser que el sentido esté bloqueado y entonces los datos que recoge estén fuertemente deformados.

Camino en penumbra y, de repente, al girar me encuentro de frente a una luz deslumbrante que no permite que mi ojo capte la forma o el color, ni tampoco la distancia del objeto que produce la luz. Me siento desorientada y pierdo las referencias espaciales y las dimensiones. Y después de haber sido cegada por la luz, así se dice, el sistema visual necesita un poco de tiempo para restablecer su funcionamiento normal.

En este ejemplo, el bloqueo del sentido se ha producido por una irritación sensorial. Se ha superado el umbral de tolerancia y el ojo ha dejado de ver. ¿Claro, no? Así hacían también los nobles en el siglo XVIII en Europa: mareaban el sentido olfativo con intensos y llamativos perfumes para que las narices de los demás no pudieran percibir nada. Sabemos muy bien el motivo.

Pero también se da el caso en el que un sentido está bloqueado debido a una deficiencia o disfunción. Todos conocemos a alguien que sufre de miopía o sordera. Pero estos son a menudo errores de *fábrica*.

Lo que es seguro es que los sentidos trabajan siempre juntos. No sucede que mientras miro algo dejo de oír, sentir olores, sabores, etc. Si estoy particularmente absorto, casi hipnotizado por un objeto externo, tal vez alguien por detrás me saca la billetera del bolsillo ¡y no me doy cuenta! Pero esto es más bien un problema de atención y no del sentido en cuestión, el tacto. En este caso, por una parte, la concentración de la atención en uno o más sentidos ha hecho que pase a un segundo plano el funcionamiento de los demás, por otra parte, el tipo de atención ejercitada, una atención simple, tensa, dirigida hacia fuera, ha producido una especie de anestesia general. Por no mencionar el nivel o el estado de conciencia en el que me encontraba, de lo contrario lo que tenemos que describir se complica. Tal vez estaba sorprendido como un niño que mira un truco de magia realizado con habilidad y gracia por un mago en la calle... y el colega del prestidigitador me ha aligerado los bolsillos.

A veces hay ilusiones que están relacionadas con el trabajo de los sentidos y que son errores producidos por la falta de datos de los otros sentidos. Un sentido aislado se equivoca mucho más que en conjunto.

No es fácil reconocer inmediatamente algo sólo a través del tacto si tenemos los ojos vendados y con tapones en los oídos. Cuando éramos niños hacíamos estos juegos de adivinanza, se cortaba un plátano en cuadraditos de manera que no hubiera referencias sobre la forma o se tomaba algo viscoso y se ponía en las manos de la víctima con los ojos vendados. La imaginación estaba fuertemente estimulada por esas sensaciones y las expresiones del protagonista del experimento eran especialmente hilarantes. Y mientras se jugaba se entrenaban los sentidos.

Otro ejemplo de ilusión que todos conocemos es sin duda la auditiva. Oímos un ruido de algo lejano, pero sólo cuando lo vemos nos damos cuenta de que estaba más cerca. Parecía mucho más lejos. Tal vez porque nuestra atención estaba ocupada en otros asuntos y el oído trabajaba con un umbral de audición mínimo. Pero cuando el objeto se ha manifestado a la vista, el sentido ha ajustado la percepción, sintiéndola de otra manera.

Esperemos sólo que en esa ocasión no estuviéramos cruzando una calle de manera distraída fuera del paso de cebra, ya que en este caso podríamos haber activado otro sentido, el tacto, de manera fatal en el *encuentro* con un autobús no bien percibido.

Por último, encontramos la acción artificial o mecánica que deforma la percepción de un sentido creando una ilusión sensorial. Cierra los ojos y presiónate los párpados con los dedos y verás cómo te parece ver la luz desde el interior. También funciona apretando los párpados, sin presionar con las manos, se trata siempre de presión en el globo ocular. Cuando meditas con algo de atención te puedes dar cuenta de que, casi por un reflejo mecánico, si deseas percibir una luz en el interior de la pantalla oscura que se produce cuando cierras tus ojos, tiendes a apretar los párpados. Esto genera resplandores y brillos y puede también ayudar a evocar una luz que, para que sea un fenómeno interesante, debe, sin embargo, ser el fruto de un procedimiento diferente.

Si estás en un lugar completamente en silencio podrás observar cómo el oído, a falta de estímulos externos, inicia a dirigirse hacia el interior y podrás percibir, como si fueran ruidos externos, los crujidos sutiles de las articulaciones de la cabeza o el fluir de la sangre por las venas. No te recomiendo que hagas este experimento si no tienes un poco de práctica de dirección de la atención o de auto-observación o si no estás pasando por un buen momento en tu vida. El silencio externo amplifica el ruido interno y alguien podría terminar en el psiquiatra.

La memoria tiene más agujeros que el queso Emmental

El primer error es pensar que nuestra memoria es un archivo en el que se registran exactamente todas nuestras experiencias. Digo experiencias por no entrar en detalles que podrían complicarnos las cosas en esta breve exposición.

La memoria humana es un aparato en constante actividad, tanto cuando estamos despiertos, o creemos estar despiertos, como cuando dormimos. ¿Cómo es posible que después de haber dormido durante toda la noche la pelea de ayer con mi jefe ya no me parece tan grave? Bueno, entre los errores del reconocimiento y del recuerdo, las amnesias, los olvidos y los *déjà vu* no se explica cómo la humanidad actual todavía tiene una serie de ejemplares sanos de mente y ¡capaces de evolucionar! O a lo mejor, es justo gracias a que no se acuerda bien de cómo han sido las cosas, ¡que no todos han perdido la cabeza!

Corro bajo una lluvia copiosa e incesante para llegar a casa a tiempo de ver un partido de fútbol. Estoy completamente empapado y mientras subo los tres peldaños que me llevan a la entrada de la casa grande con la fachada pintada recientemente de color ocre, se me va la vista a una caja apoyada en uno de los peldaños, cerrada artesanalmente con una cinta de colores. Siento una emoción fortísima que se expande desde el pecho y me conmuevo. No puedo hacer otra cosa que tomar la caja, abrir la puerta y entrar en casa.

Tal vez había una bomba o una mano cortada como en una película de terror de Alfred Hitchcock.

¿Por qué ha surgido ese sentimiento que me ha impulsado a fiarme de ese objeto desconocido?

De hecho, cuando era pequeño, una vez, de regreso de la escuela bajo un aguacero, corriendo para no perderme mi programa favorito en la televisión, me encontré con una caja de cartón perforado justo en las escaleras de frente a la puerta de casa. Dentro había un gatito de unos 40 días, que crié y tuve conmigo durante 12 años, hasta que murió trágicamente atropellado por un autobús.

Sin ánimo de hacerlo más largo y penoso, podríamos decir que la memoria registra las situaciones, y estas dos son muy parecidas. Debido a esta similitud de circunstancias no he desconfiado de la caja de cartón que me he encontrado en la puerta. Creo reconocerla como algo conocido e inofensivo.

Éste es el caso más común de error de la memoria y se llama *falso reconocimiento*.

Pero puede suceder también lo contrario.

Entro por primera vez en el salón de la casa de un nuevo amigo, donde me invita a sentarme, y me encuentro de frente a un mueble, un sillón y un perchero idénticos a los que compré el mes pasado para el mío. ¡Todo IKEA!

En resumen, no conozco la casa, pero el reconocimiento de esos objetos me hace sentir algo familiar, como si ya hubiera estado. O también me puede hacer sentir un perdedor, pero éste es otro punto de vista.

En este caso, también es un *falso reconocimiento*.

Así, al igual que pasa con los sentidos, tampoco los recuerdos están aislados. En la memoria se mueven estructuras de datos concatenados con criterios muy precisos, errores aparte.

Los casos de amnesia se consideran errores de la memoria, que no hace lo que debería hacer, esto es, recordar. ¡Y cuando queremos olvidarnos se nos da fenomenal!

Volvamos al ejemplo de la pelea con mi jefe. Me doy cuenta al día siguiente de que no recuerdo que la circunstancia que lo había provocado fuera tan grave. En el olvido no cae sólo la visión de la cara del jefe con las venas de las sienes hinchadas y los labios blancos a causa de la tensión, sino también toda la situación en la que he percibido ese objeto. Los muebles de la oficina, la lámpara, la puerta casi cerrada, las paredes blancas con el diploma colgado, la mesa con las hojas apiladas en un desorden controlado. Después, en cadena, todas las situaciones anteriores y todas las sucesivas parecidas a la descrita tienden o tenderán a terminar bajo una capa opaca que hace difícil que las pueda evocar.

En efecto, no es posible olvidar, no se pueden cancelar definitivamente los datos registrados en nuestra memoria. Pero los podemos cubrir con muchas otras cosas para deformarlos, convertirlos en algo irreconocible o transformarlos en alegorías que sólo nos vienen a visitar en nuestras peores pesadillas. Me pregunto si algún día seré capaz de saber lo que representa ese gran lobo que me enseña los dientes, con los ojos rojos y echando espuma por la boca, que escupe dinero y hojas mientras persigue en un vacío surrealista a un conejito que ha escapado mágicamente, como por una puerta, de la foto de mi diploma enmarcado y suspendido en la nada.

Si un día, cansado de pesadillas, tratara de analizar mejor las características de aquel lobo, tal vez me daría cuenta también de su pelo gris y opaco, de los dientes amarillos y cariados y de los ojos enrojecidos, pero llenos de tristeza... y tal vez disminuiría mi miedo. Pero esto es otra historia.

Volvamos a nosotros y veamos de qué manera el olvido está unido al dolor con el que se imprimen los recuerdos. "Las sensaciones dolorosas" —leemos en *Apuntes de psicología* de Silo (6)— "que acompañan a las grabaciones de determinados fenómenos son las que tienden a desaparecer en la evocación. Como estas sensaciones dolorosas son rechazadas por toda la estructura, entonces es rechazado todo lo que le acompaña. Es básicamente el mecanismo de dolor en la grabación de un dato, el que a la corta o a la larga va a hacer evanecer el dato, va a hacer desaparecer el dato, por lo menos en su aspecto evocativo. De todas maneras, aquello que fue grabado con dolor, es olvidado, o es evocado nuevamente en conciencia; pero transformados los contenidos laterales que le

acompañaron. Hay grabaciones "a fuego", dirían algunos, que son grabaciones dolorosas. Pero en estas grabaciones dolorosas, si se las examina bien, se verá que numerosos fenómenos que les acompañan han sido transformados fuertemente."

Parece que al ser humano no le gusta para nada el dolor. Prefiere mucho más el placer y, en consecuencia, mecánicamente, su psiquismo tiende a apartar los recuerdos dolorosos, creando así los casos de amnesia. Islas protegidas por brumas como las de Avalon, pero listas para surgir en esos estados o niveles de conciencia, como el cansancio o el sueño, en los que los mecanismos de reversibilidad, que defienden la vigilia, disminuyen.

Y en la próxima pelea con mi jefe estaré más preparado.

¡Me olvidaré de ello en un par de horas!

La conciencia errática

Esta noche he dormido mal. De hecho, me he movido mucho y no sé cuánto he llegado a dormir. Me levanto a regañadientes, me lavo, me visto y me voy a trabajar, como siempre. Me espera un largo viaje en metro en el que los párpados me pesan como si fueran de plomo y casi no puedo estar de pie. Menos mal que soy alto y me puedo agarrar con facilidad a los agarradores del vagón. Además están los cuerpos de los demás, bien pegados a las 7.00 de la mañana, es imposible caerse.

Llego a la oficina y mientras camino por el pasillo veo con el rabillo del ojo que la puerta del jefe está casi cerrada. Oigo que dentro están gritando palabras ofensivas. Esta mañana se empieza pronto, pienso. ¿Quién será la víctima? Entro en mi oficina y apoyo la chaqueta y mi fiel maletín, que llevo siempre conmigo, en la silla. Decido ir al cuarto de baño para lavarme la cara otra vez, pero apenas salgo al pasillo, ahora silencioso, me encuentro de frente la imponente presencia del jefe, casi nos chocamos. Por un momento, con horror, veo su cabeza y su rostro como el de un lobo enfurecido. Abro y cierro los ojos y vuelvo a ver normalmente, sólo que verdaderamente tiene un aspecto alterado y furioso. Le saludo y le dejo pasar, y después me giro para ver dónde va; de debajo de la chaqueta veo que sobresale una tupida cola peluda y gris. Me catapulto en el baño y me lavo la cara con abundante agua fría. ¡Madre mía! ¡estoy alucinando!

Exacto. La *alucinación* es el típico error de estructuración de la conciencia. Típico y común porque sin duda alguna nos ha pasado a todo el mundo, al menos una vez en la vida, de haber visto luciérnagas en lugar de linternas o haber mezclado churras con merinas. Lo que sucede en la alucinación es que se percibe como externo algo que proviene más bien de nuestra memoria.

Como en el caso de nuestro amigo aterrorizado con su jefe. El recuerdo de la pesadilla parece materializarse en el espacio de la vigilia cotidiana, perceptible por los sentidos externos. ¿Por qué ocurre esto?

Como ya dijimos en el capítulo anterior, la memoria está siempre activa y constantemente nos manda imágenes similares a la que estamos percibiendo, de manera que podamos reconocer el objeto y colocarlo en la zona adecuada de experiencias del mismo tipo. Estas imágenes, sin embargo, no se imponen, están como de lado o en transparencia, y sólo si prestamos una cierta atención a este mecanismo de *copresencia* conseguimos verlas, de lo contrario, simplemente registramos el reconocimiento del objeto. En cambio, en el caso de la alucinación sucede lo contrario. La imagen asociada, procedente de la memoria, se impone en primer lugar y "sale" de mi pantalla mental, como en la sugestión de los sueños, y la veo fuera de mí.

En realidad, yo estoy un poco fuera de mí. O mejor dicho, estoy tan cansado que mi conciencia se tambalea y no funciona como de costumbre. Estoy en un estado alterado de conciencia, alterado por la falta de energía, en este caso específico, pero la conciencia se altera por varias razones.

Utilizamos una síntesis muy clara extraída de Psicología I del texto ya citado: " Estas alucinaciones pueden surgir en situaciones de gran agotamiento, por carencia de sustancias necesarias al metabolismo cerebral, por anoxia, por carencia de estímulos (como en situaciones de supresión sensorial), por acción de drogas, en el *delirium tremens* propio del alcoholismo, y también en situaciones de peligro de muerte. Son frecuentes en casos de debilidad física y en casos de "conciencia emocionada", en los que el coordinador pierde su facultad de desplazarse en el tiempo".

Este último caso, junto con el agotamiento extremo descrito en nuestro ejemplo, es mucho más común de lo que se cree y está también en la base de lo que se llama *conciencia mágica*.

Este estado de conciencia es especialmente divertido, a veces. Otras veces da miedo, pero claro, está cargado de emociones y por ello muchas personas han hecho una verdadera y propia filosofía de vida, también porque se presta a oportunas manipulaciones de la realidad. A menudo es mucho más cómodo creer que una influencia extraterrestre o divina ha echo fracasar mi empresa que observar más cuidadosamente los procedimientos utilizados y los errores cometidos.

O también una gran frustración se regodea y se compensa en la creencia de tener poderes *paranormales*. Se genera un halo de misterio y aquellos que lo necesitan se someten al manto de la brujería dejando que la propia auto-sugestión cometa el milagro y haga funcionar los hechizos del mago.

En estos estados alterados existen mecanismos propios de un nivel de conciencia que se manifiestan en otro nivel, errores de los sentidos y de la memoria. A fin de cuentas, la conciencia mágica se produce por un error de estructuración de la percepción y por esto se podría definir como *conciencia errática*.

Estamos utilizando este adjetivo en un modo no muy correcto, sólo para seguir el tema general de este texto, como si significara *errada*, en lugar de *errante*. Pero las dos cosas nos parecen casi similares: ¡es más fácil errar, errando!

Pero, ¿es siempre tan negativa esta alteración de la conciencia?

Sin una mínima alteración del funcionamiento de la conciencia probablemente no se habrían creado las más maravillosas obras de arte que hacen que el ser humano se sienta más cerca de los dioses. Y sin duda, no habría sido posible ninguna experiencia mística.

Parece que no se puede acceder a la dimensión profunda del ser humano desde un estado en el que la conciencia funciona plenamente de la manera a la que estamos acostumbrados.

También para acceder a un estado de *conciencia inspirada* algo tiene que pasar, un salto en la oscuridad, un pequeño choque derivado de una fuerte emoción, una conmoción profunda, una comprensión que ilumina, una alegría que invade el alma. Se altera el funcionamiento normal del

psiquismo y se abre una puerta y, a veces, oigo esa sinfonía con claridad, ésa que al despertar siempre me pierdo. Es como si alguien me la estuviera dictando, y yo puedo, febrilmente, garabatear sus notas en un pentagrama, convencido de no olvidármela nunca más.

La puerta se abre y me invade un silencio tan intenso que puede ser hasta físico. Se expande dentro de mí y mi espacio interior se amplía con él, englobando todo lo existente. Y en ese silencio soy el sonido del viento y el gorjeo de los afares maternos, soy la inmovilidad del sol que irradia fijo su esplendor y soy el discurrir del río que avanza incesante hacia el mar. Soy el aliento de mis hermanos que viven a mi lado y soy el amor y la compasión de mis seres queridos que han muerto y que siento tan cercanos como en un abrazo reconfortante. Soy el trueno y la calma, la tormenta y la canción de las cigarras en el verano caluroso, la nieve eterna y la lava incandescente. Soy todo y ya no soy. Soy todavía, pero nada es como antes.

Y todo esto gracias a un pequeño error.

LA CONCLUSIÓN

Si estáis leyendo estas palabras espero que sea porque habéis leído todo lo demás y habéis sobrevivido. Es más, tenéis curiosidad por saber qué conclusión se puede sacar de un texto tan disparatado. Pero podría ser también que estéis leyendo estas pocas líneas porque os gusta, como a menudo hago yo, empezar a leer los libros por el final. Si no hay un final decente - me digo - no vale la pena leer el resto. Terrible filosofía de doble filo. ¿Ahora cómo hago un final decente, cuando en realidad todas las ideas que tenía sobre el error ya las he expuesto?

A vosotros que empezáis por el final os hago una advertencia: si no queréis cuestionar lo que creéis sobre el error, ¡ni siquiera lo empecéis!

Y a los que habéis llegado hasta aquí por voluntad o por error os diré solamente: gracias.

Lo que puedo hacer para tratar de concluir aquí un tema que, en realidad, todavía se puede profundizar mucho más, es una síntesis un poco técnica del contenido de este escrito. Así los que empiezan a leer por el final ¡se perderán la sorpresa!

En la primera parte, "La reflexión", el enfoque es un poco intelectual. La intención es cuestionar el sentido negativo que se tiene del error en general con argumentos más o menos serios y rigurosos. Se revaloriza también el error como una herramienta necesaria para el aprendizaje y se muestra cómo, al contrario, el miedo a la equivocación sea un impedimento. Se pone también en duda la validez del sentimiento de culpa como reflejo del error y se propone la sencilla moral de aprender a reconocerlo y después repararlo dos veces. Por último, en esta parte se relaciona el error con los temas del fracaso y de la muerte y sus respectivos miedos buscando una respuesta en la reconciliación.

En la segunda parte, "La experiencia", la intención es la de describir la experiencia personal e íntima del error. Se parte del reconocimiento del error a partir de sus consecuencias y se continúa con la observación del error en el mismo momento en que se comete hasta el momento de la toma de conciencia de la inevitabilidad del error. En la búsqueda del "sabor" del error se aplica una lupa cada vez más potente.

En la tercera y última parte, "La observación", se ha intentado utilizar un enfoque más didáctico y estimular la profundización de estos temas.

Se analizan, con anécdotas y ejemplos, algunos de los errores más comunes del funcionamiento del psiquismo humano. Desde los errores de los sentidos y de la memoria hasta los de la conciencia, en el error se intuye la semilla del logro de los estados inspirados de conciencia y hasta de las experiencias místicas.

Notas bibliográficas:

(1) Pino Aprile. Elogio dell'errore. Editorial Piemme 2011

(2) Dario Ergas. El sentido del sin sentido. Virtual Ediciones 1998

(3) Silo. El gran error. Experiencias guiadas. Ediciones León Alado 2013

(4) Silo. La muerte. Experiencias guiadas. Ediciones León Alado 2013

(5) Silo. Psicología de la imagen. Contribuciones al Pensamiento. Ediciones León Alado 2013

(6) Silo. Psicología I y II. Apuntes de psicología. Ediciones Ulrica 2006

El error para muchos es un acto que se debe olvidar,
una culpa que hay que castigar o bien un evento
desagradable que no conviene repetir.

Pero si profundizamos en la función que cumple
y saboreamos su esencia
descubriremos un precioso recurso
para la evolución humana.

Entre seriedad e ironía se instila una duda:
y si el error fuera un regalo divino?

El amor empieza cuando nos damos cuenta de que
nos hemos equivocado una vez más.

(E. Flaiano)